

La utopía ausente

Miguel Ángel Baldellou

Los campus universitarios constituyen un excelente espejo en el que contemplar los esquemas intelectuales y las aspiraciones culturales, las confesadas y las secretas, que la sociedad, a través de sus organismos directivos, pretende hacer prevalecer.

Su proyecto global, comenzando por su propia ubicación, entendido el territorio como sistema, manifiesta de forma precisa las intenciones últimas de la sociedad. Como representación de un modelo del mundo, como ciudad del saber, su análisis resulta revelador.

Las estrategias de ocupación del territorio, la forma resultante del conjunto, el modo en que se articulan sus piezas, su respectivo valor, la relación con la ciudad y sus infraestructuras, permiten analizar, junto con otras consideraciones semejantes, el complejo juego de las fuerzas sociales en pugna y el papel realmente asignado a la Cultura, al Saber y al Conocimiento en un momento histórico preciso.

Es ese aspecto demostrativo de los recintos universitarios el que manifiesta la incapacidad de nuestra sociedad para plantear un modelo positivo en el que los valores más elevados asuman el protagonismo. Acostumbrados a la aceptación como "normal" de las propuestas más sombrías, en el mejor de los casos simplemente "eficaces", de los edificios y conjuntos universitarios al uso, algunos ejemplos (en su mejor sentido de posiblemente ejemplares) nos devuelven una tenue esperanza, inmediatamente amortiguada por la evidencia de su carácter excepcional.

No sólo la ocupación del territorio, asumiendo con solvencia su papel a modo de acrópolis en algunos casos, y en otros simplemente subrayando con dignidad su carácter, sino algunos detalles de distinción resaltan la mediocridad circundante.

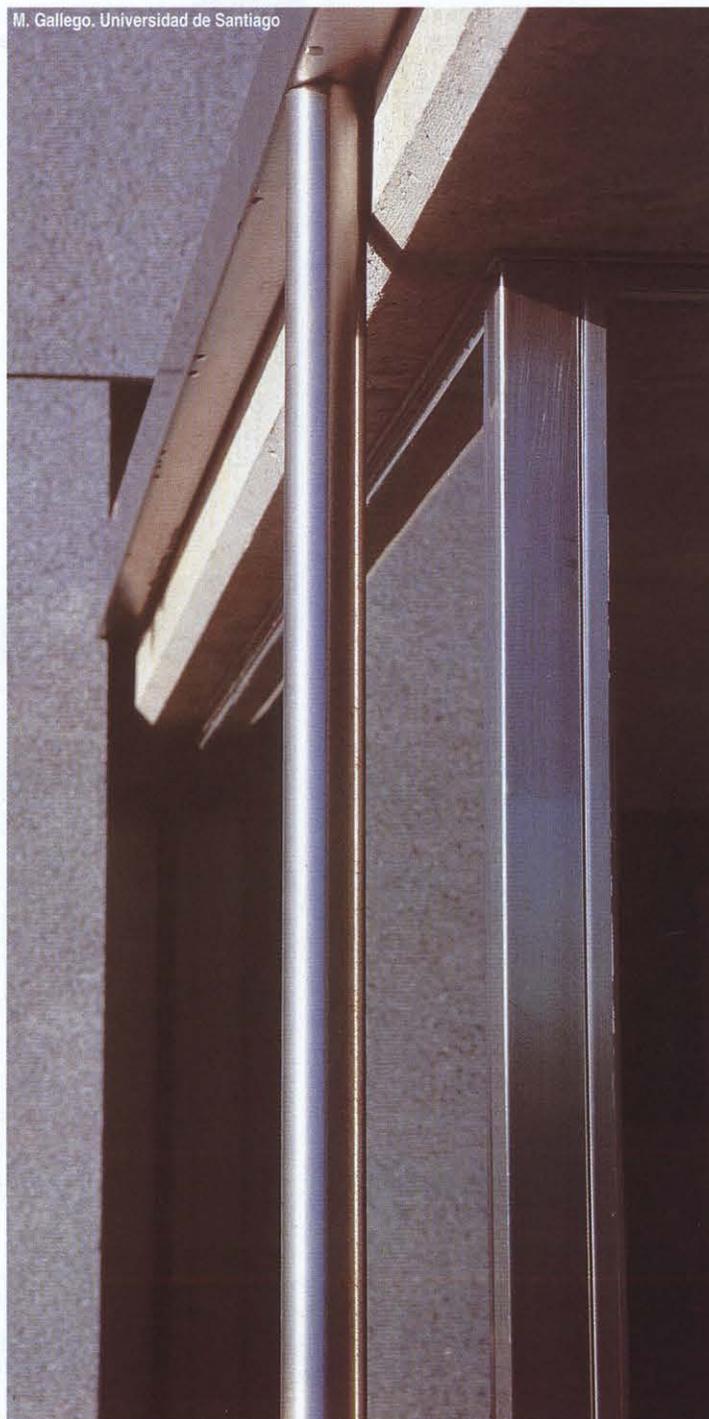
Que del amplio censo de edificios universitarios españoles de nueva planta tan pocos se puedan considerar ejemplares es algo que cabe esperar en nuestra circunstancia. Es menos justificable sin embargo por tratarse de edificios con una importante carga cultural y de encargos públicos realizados por Administraciones que pretenden, eso cabe suponer al menos, prestigiarse con ellas. La sorpresa que provocan los edificios construidos en el Campus de Santiago de Compostela, proyectados por Manuel Gallego, resulta especialmente gratificante. Realizados para un cliente y unos presupuestos semejantes a los de la mayoría de los edificios universitarios que conocemos y sufrimos, y con un programa en nada singular, la discreción y la elegancia que manifiestan los hacen magistrales.

Podríamos elaborar una lista muy corta de edificios universitarios españoles recientes verdaderamente ejemplares. Abunda, al contrario, la improvisación en la planificación de recursos y el uso de los medios, la falta de compromiso social, el amiguismo en los encargos; y su consecuencia es inevitablemente la mediocridad en la que nos movemos.

La construcción de edificios universitarios pasa hoy por una difícil situación, derivada en gran parte de la que afecta a las señas de identidad de la propia cultura. Dejando a un lado los aspectos que atañen a la innegable incapacidad de la mayoría de los políticos (en primer lugar los universitarios) por definir estrategias globales y modelos eficientes, paralela a la de muchos arquitectos y urbanistas, algunas condiciones de nuestra propia circunstancia histórica parecen contribuir decididamente a la consolidación del mediocre panorama que caracteriza a la mayoría de los espacios universitarios recientes.

Si no hace mucho, el enemigo de la propia idea de Universidad

M. Gallego. Universidad de Santiago



pareció poderse identificar en su "masificación", pasado el tiempo suficiente como para aceptarla como condición "inevitable", no se aprecian sin embargo soluciones o propuestas que la consideren como cualidad desde la que plantearse el proyecto de su construcción. Más allá de las utópicas propuestas de los airados 70, envejecidas sin nacer, el problema de la nueva Universidad se ha refugiado en soluciones cuantitativas sin abordar las cuestiones de fondo.

El ausente debate sobre el propio fin de la Universidad se corresponde con el de los modelos de enseñanza, enfocados a una mera eficacia estadística. El terror "académico" al llamado fracaso escolar, arma arrojada que los agentes sociales añaden a las dificultades propias de la adquisición del conocimiento, sólo posible entre amplios márgenes de libertad, condiciona profundamente las estrategias que la inteligencia y el sentido común proponen como alternativas a una sociedad que tiende a ignorar todo saber problemático.

Considerar que la Universidad ha de ser "rentable" en términos económicos, sociales y políticos de corto alcance, parece estar en la base de todos los esfuerzos que tienden unánimemente, al parecer,

a eliminarla como elemento culturalmente activo y por ello autónomo.

No deja de resultar paradójico que sea precisamente la autonomía el concepto que se invoca para caracterizar a la nueva Universidad de la aldea global. Por un lado, la universalización de lo trivial, fascinada la sociedad por la brillantez de los instrumentos mediáticos, y por otro, la mediocridad intelectual de los objetivos de la especialización sobre nada, limitan un campo en el que todo esfuerzo por comprender lo complejo o por proponer, con imaginación, alternativas a la realidad más tópica, se ven marginados en parcelas residuales a eliminar a corto plazo.

La búsqueda de las señas de identidad de nuestra propia cultura se ven así relegadas a las especulaciones menos "peligrosas" de círculos cada vez más pequeños y aislados. La debilidad de su pensamiento hace al universitario cada vez más dócil. No es de extrañar en este contexto el "sorprendente" pasotismo de un alumnado sin vocación para serlo, que acude a las aulas para "reconocerse" estadísticamente y formar parte de una oferta laboral condicionada previamente por un mercado dirigido a sus propias finalidades especulativas. En la misma medida que el factor tiempo ha perdido el sentido de la maduración, el espacio en el que ésta

G. De Carlo, Urbino



transcurre carece de importancia como lugar de aprendizaje. Ni interesa el intercambio ni la sorpresa ni la duda ni el conflicto. ¿Que universidad tendremos con estos supuestos? Mirando alrededor, veremos la respuesta. El mismo proceso de descomposición formal que afecta al territorio, valorado por la "cultura del desperdicio", se refleja en los conjuntos disjuntos de los recintos universitarios, en los edificios que comparten el mismo espacio...El espejismo de algunas piezas sueltas de gran valor no debe ocultarnos una realidad generalizada y mediocre. La falta de articulación de las piezas entre sí, la ausencia de "espacio existencial" (por imposibilidad de establecer relaciones emotivas), caracterizan una Universidad contraria a la utopía. Aquella voluntad que la hizo posible en su origen, surgida de la necesidad de conocer para cambiar, se ha trocado en la de aceptar para que todo permanezca.

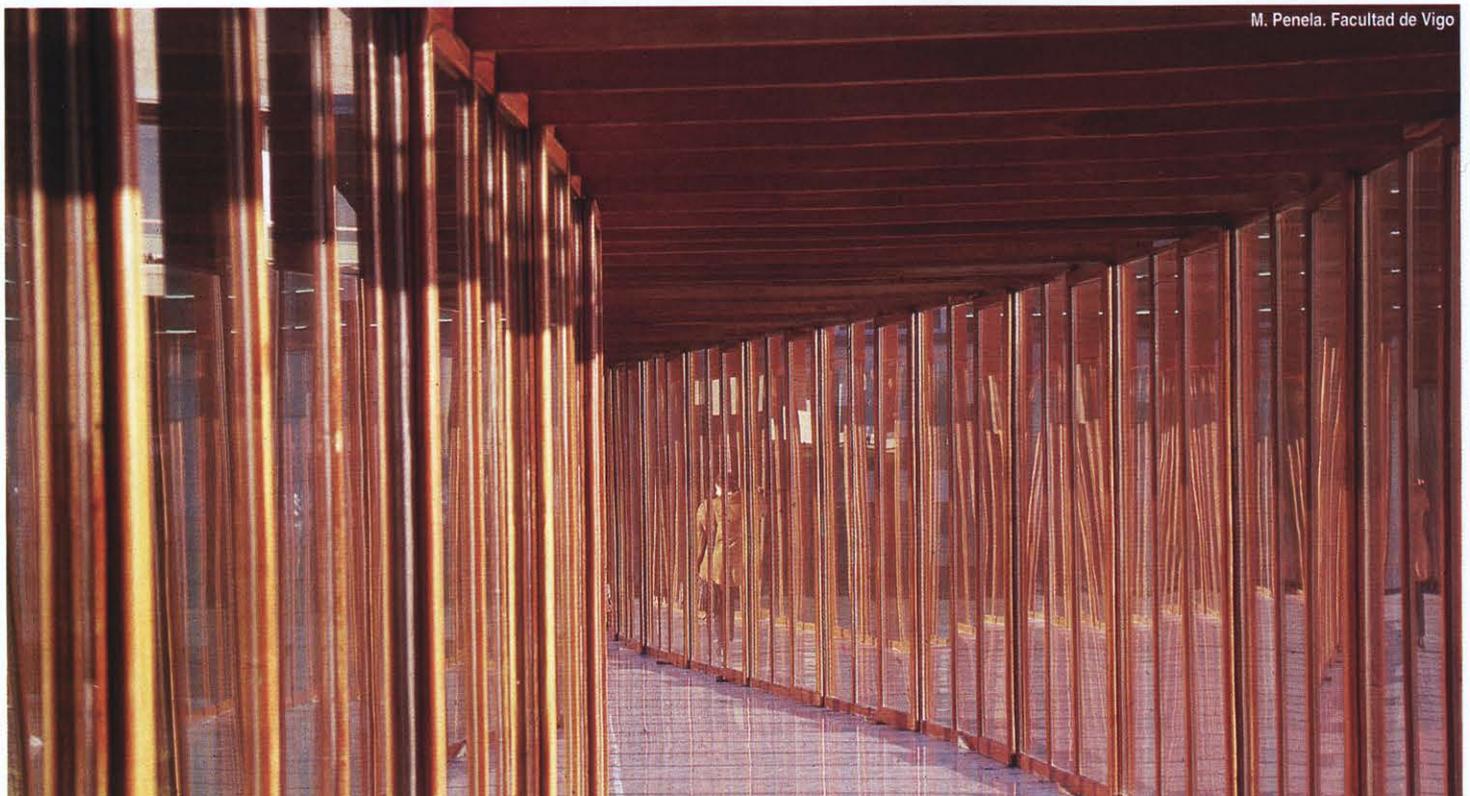
Por ello, algunos arquitectos notables se han aferrado a la creación de pequeños universos, tan lejanos a lo circundante como ligados a una idea obsoleta. No resultan peligrosos puesto que son únicos, ejemplares, irrepetibles. Nueva contradicción de su posible valor de ejemplo. Con las estructuras actuales, proponer modelos magníficos puede contribuir, paradójicamente, a mantenerlas. Para que fuese posible transformarlas, replanteando la esencia misma de la transmisión del conocimiento y la experiencia, aceptando un mundo

en cambio, el arquitecto debería renunciar quizás al ejercicio convencional de su propio oficio y prescindir de sus propias referencias formales, contradictorias en el fondo y la forma con el medio en que se insertan.

Cerrar los mundos, creando su propio recinto con arquitecturas excelentes ha sido la práctica de Siza en Aveiro y Porto, de Gallego en Santiago, de De Carlo en Urbino, de Aalto en Otaniemi, de Stirling en Cambridge (salvando las diferencias contextuales, por supuesto). La lista puede ser importante, pero termina por ser insuficiente, agobiada por todo lo que en ella no cabe, la inmensa mayoría. Si el problema es en gran parte el carácter de la arquitectura universitaria, y no resulta fácil identificarle entre los "ideales" cambiantes, mayor es el carácter del problema: el que se oculta convenientemente con la complicidad social distraída en autonomías estériles.

Recuperar, quizás "desde el aula sin muros", el ágora, el foro y la acrópolis, la experiencia común y la identidad del individuo, a riesgo de irritar al patrono. La Universidad requiere, con urgencia, regenerar su espíritu. Tanto como la sociedad la necesita intelectualmente capaz y libre.

Si no puede ser un ghetto, al margen de la vida, tampoco debe ser como un acto reflejo. Ese lugar intermedio, que surge de la tensión y la duda, es el que reclamo, por no decir exijo. ■



M. Penela. Facultad de Vigo